



LA ILUSTRACION DEL PACIFICO

LITERATURA COMERCIO INDUSTRIA

AÑO II.

GUATEMALA, I DE MARZO DE 1898.

No. 37

REVISTA QUINCENAL

SÍGUERE & CÍA., EDITORES PROPIETARIOS.

DR. RAMÓN A. SALAZAR, DIRECTOR

OFICINAS Y TALLERES: 6a. AVE. SUR NO. 11.

SUSCRIPCIÓN: Un año en la República, pago adelantado....\$10.00
" " " en el Exterior " " 12.00
Número suelto 50 centavos.
La Suscripción puede comenzar en cualquier época.
Todo pago precisamente adelantado.

CORRESPONDENCIA: Para todo lo relativo á la Redacción y Administración económica, dirigirse á los Editores,
SÍGUERE & CÍA.

Apartado de Correo No. 12. GUATEMALA, C. A.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Sr. Lic. Don Manuel Estrada Cabrera,
Primer Designado en ejercicio de la Presidencia.

El acontecimiento trágico que privó de la vida al señor General Don José María Reyna Barrios en la noche del 8 del pasado, llamó al ejercicio de la Presidencia de la República al señor Lic. Estrada Cabrera, en concepto de primer designado, cargo para el que había sido electo por la Asamblea Nacional, conforme á los preceptos constitucionales.

Difíciles momentos han sido por los que la República ha atravesado en estos últimos días, y hay que confesar y hacerle justicia al señor Estrada que se debe á su patriotismo y su buen tino el que se hayan casi ya disipado los nubarrones que se cernían sobre el horizonte político del país.

Desde el principio de su administración, él se ha consagrado á hacer una política de reparación y de justicia, lo que como no podía menos, le ha conquistado generales simpatías y el aplauso de todos.

Guatemala, sedienta de paz y de libertad,

debe entrar decididamente en esos senderos y dejar á un lado falsos ensayos y procedimientos de relumbrón.

País democrático por excelencia se desea un gobierno del pueblo y para el pueblo sin exclusivismos, abstenciones ni repulsas. Un estadista sud-americano ha dicho: "que en nuestros países se necesita no tanto hacer leyes, que ya tenemos bastantes y buenas, sino querer y saber cumplir las existentes."

Creemos que el señor Cabrera como notable abogado y distinguido patriota que es, está en el caso de llenar estos últimos ideales.

Hoy ha leído ante la Asamblea su Mensaje que está lleno de buenas promesas. Uno de los puntos que más nos llama la atención en él, es el siguiente, por creer que llena todas las aspiraciones de los guatemaltecos:

"Conoceis sin duda, los trascendentales acontecimientos que en estos últimos días han venido desarrollándose, así como los innumerables obstáculos que ha sido necesario vencer, para que no se entorpeciese en manera alguna la marcha regular y armónica de la administración pública: pero no por eso he vacilado un momento, pues que comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre mí pesa, he querido y quiero que sea la ley la única norma de mi conducta, á fin de que todos mis conciudadanos, sin distinción de opiniones políticas, gocen de todas las libertades y disfruten de todas las garantías á que tienen perfecto derecho. No será, pues, el actual Gobierno un gobierno exclusivista: deseo que todos se agrupen en torno á la bandera de la patria; anhelo vivamente la felicidad de Guatemala, y pienso que, para conseguirlo, es necesario que todos sus buenos hijos cooperen con su ilustración é inteligencia al engrandecimiento y progreso del país."

Domingo Estrada.

§ I HAY algo difícil de escribirse es la semblanza de un amigo.

Se puede decir mucho de él arrastrados por el afecto y sorprendidos por la indiscreción: ó decirse poco, guardando la consigna tácita, pero obligatoria de que lo que en el seno de la amistad se confía, debe tragárselo el corazón y guardarse allí secretamente como depósito venerado.

Hay amigos de amigos.

Los de los días alegres, los de la común adversidad, los de iguales ideas políticas, artísticas y religiosas, los del club, del ateneo. Los que conocimos en un viaje, los que estuvieron reunidos con nosotros en una lucha.

Por lo general, todos esos van pasando en nuestra imaginación como aquellas flotas que vemos desde la costa que aparecen en el horizonte, vienen, se acercan, se detienen á nuestra vista algunos instantes y luego pasan, se van y al fin se pierden entre las ondas del piélago ó las nieblas de lo desconocido.

Algunos de esos amigos os traicionan, otros os olvidan. Otros hay, y esto se considera como ventura, ¡tan rara es la amistad en el mundo! que guardan un recuerdo vuestro, viniéndoles de tarde en tarde el deseo de volver á veros para platicar otra vez sobre dichas ó desgracias pasadas, mereciendo de ellos, en el instante de su recuerdo, esta expresión cariñosa: ¡pobre chico! Para un amigo el otro es siempre chico por más que ambos peinen canas.

Fuera de éstos existen otros amigos ó que al menos se dan el título de tales, aunque á la verdad manifiesten todo lo contrario. Yo he visto varias parejas muy unidas, tratándose fraternalmente, reunidos siempre en estudios y diversiones y que, sin embargo, se lanzaban en son de caricias, zarpazos y mordiscos capaces de ocasionar un duelo entre otras personas que no fuesen tan amigas. Otras hay que, correctas en la vida ordinaria y hasta respetuosas, se convierten en la hora de la polémica en adalides que se destrozan sin piedad lanzándose mandobles y cuchilladas de esas que aunque se cierran dejan cicatrices en el alma que no se curan ni se borran. En fin, existen muchos que llamándose tales, están muy lejos de serlo,

pues existiendo en ellos disparidad de facultades mentales ó físicas resulta, en suma, que uno de ellos es el protegido y el otro el protector. Y así como esos casos pudieran señalarse muchos otros en la vida ordinaria.

Pero ¡amigo! ¿Es que existe ese género especial en la tierra?

Yo sí lo creo, por más que Schopenhauer con su mal humor acostumbrado, lo niegue.

¡Feliz el que tiene un amigo!

El amigo que os respete aun en vuestras debilidades, que os levante en vuestras caídas, y os pida la mano para que hagais lo mismo en las suyas; con quien goceis de igual modo en los supremos momentos de la vida, ya sea estasiándoos ante un cuadro ó una estatua, ó al oír una sinfonía ó un himno; que complete vuestras ideas y acepte las vuestras; que os hable al oído de esas cosas que salen temblando y ardientes de los labios y que solo las lágrimas comunes pueden enfriar; que llame hijos á los vuestros con el mismo cariño con que vuestro corazón da igual nombre á los suyos; que si estais lejos de él no interrumpa sus pláticas y os siga al través de la distancia en vuestros triunfos ó en vuestras desesperaciones, moderando con sus consejos y advertencias el orgullo que pudiera nacer en los días de prosperidad ó alentándoos y siendo siempre vuestro consejero en los adversos; en fin, que tenga hasta la generosidad de perdonaros si alguna ligera nubecilla enturbiara esa amistad.

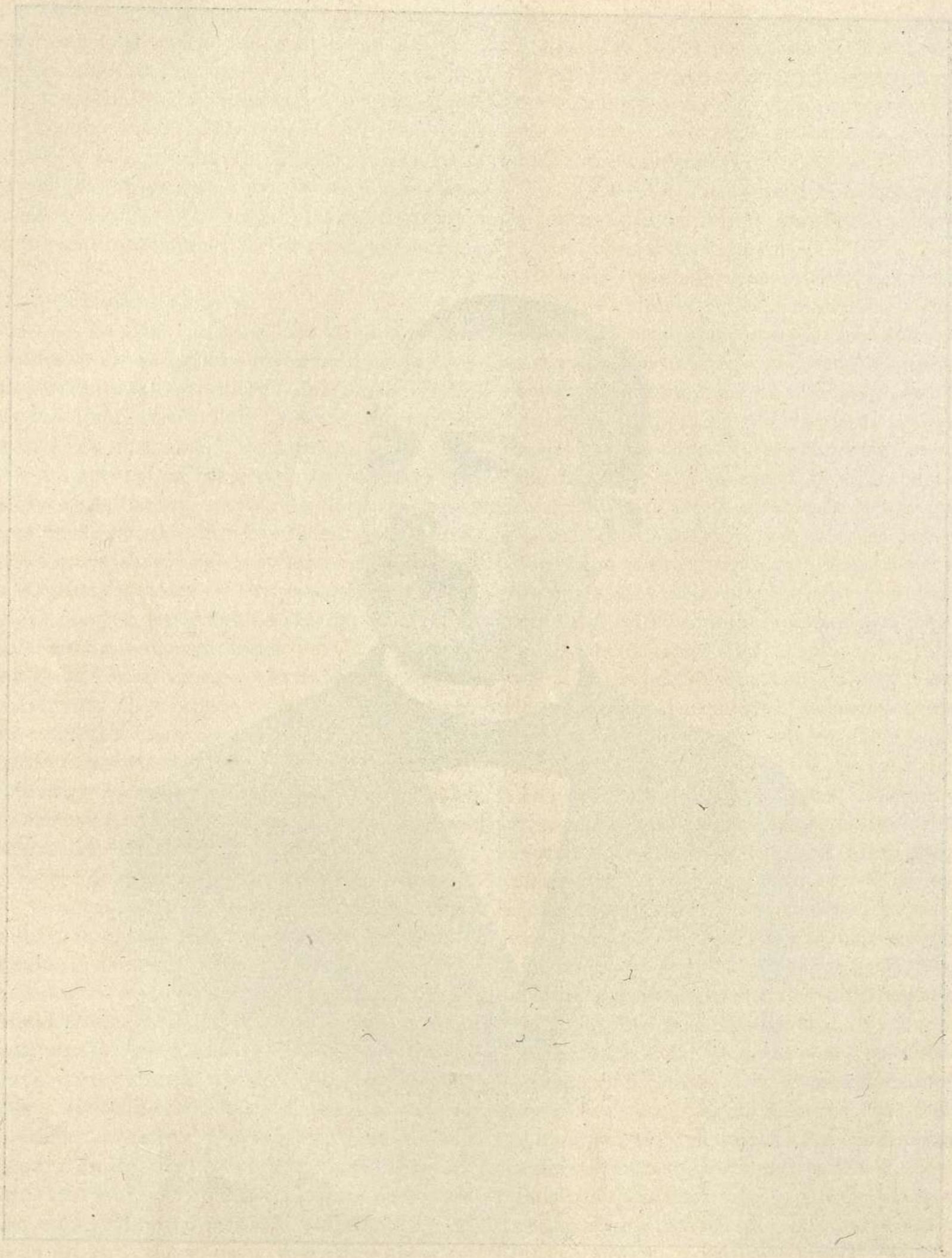
Tal es como yo comprendo ese sentimiento, que no se necesita que exista entre dos grandes hombres de la tierra, como creía Alejandro I de Rusia dirigiéndose á Napoleón, para ser un presente de los dioses.

Tal es la amistad que me une con Estrada. Júzguese, pues, cuán difícil me será decir todo lo que tengo en mi pecho con respecto á él.

Lo conocí hace ya varios años cuando ambos éramos jóvenes y principiábamos á dar los primeros pasos en la carrera escabrosa de la vida que para nosotros estaba por entonces sembrada de flores. Idealistas ambos, soñadores, llenos de fe en el porvenir, nuestros corazones latían al unísono y nuestras almas rendían culto en los mismos altares, siendo la belleza y la libertad las diosas de nuestros bellos ensueños adorados.



Señor. Don Manuel Estrada Cabrera
PRIMER DESIGNADO EN EJERCICIO DE LA PRESIDENCIA DE GUATEMALA.
(A. G. Valdeavellano, Fotógrafo.)



Hijo él de un padre ilustre, tenía todos los prestigios que fascinan en los primeros años. Lleno de talento, amable, de fisonomía simpática y con chispazos de ingenio, era desde luego el primero en todo entre aquella generación que nació á la vida pública entre el cruento sonido de los combates de la guerra civil que terminó en 30 de Junio de 1871.

La madre, una venerable matrona, era creyente hasta la exageración; el padre, una notabilidad en el foro, probo magistrado, representante del pueblo en una de las Asambleas más tumultuosas que hayamos tenido y en donde era el espíritu de la oposición hecho dardo é idea; filósofo con excepticismo volteriano, padre cariñoso y afortunado que veía en su primogénito el heredero de su talento y de sus ideas: tales fueron las influencias que rodearon su cuna y que se extendieron hasta su juventud, influencias que sería fácil descubrir en todos los actos de la vida de Estrada.

En el año de 1877 se fundó "La Revista de la Universidad de Guatemala," cuyo artículo de fondo lo escribió la docta pluma del Dr. Don Lorenzo Montúfar; trabajo que como todos los suyos está lleno de erudición y respira entusiasmo por el progreso intelectual del país y muy grandes esperanzas por la juventud, de quien el ilustre maestro decía: "que allí podía exhibir su brillante imaginación y sus elevadas aspiraciones al progreso y á las ciencias, siendo un poderoso agente para traer á nuestro suelo la luz radiante que nos falta y para difundir en el pueblo la que á nosotros nos ilumina ya."

Colaboraron en aquel periódico personas tan competentes como el español Don Valero Pujol, catedrático de Historia en la Universidad, republicano de buena cepa y propagandista incansable de las doctrinas revolucionarias en la cátedra, que él había aprendido en su país y contribuido siendo aun muy joven á difundirlas entre el pueblo bajo la dirección de adalides tales como Pí y Margall, Salmerón y Emilio Castelar, sus maestros y amigos.

Trabajó en el mismo periódico el Licenciado Don Ignacio Gómez, ya por entonces enfermo y fatigado después de una larga carrera llena de merecimientos como diplomático, juriscónsulto y literato muy notado en América y aun

en Europa, en donde llegó á ser uno de los Arcades de Roma.

Puede ojearse en el día con bastante fruto aquella colección en donde se encuentran trabajos muy apreciables sobre diversas materias de los señores Licenciados Manuel Herrera, Antonio Batres Jáuregui, Doctores David Luna, Nazario Toledo, catedráticos de la Universidad y algunos otros.

Estrada, bastante joven, hacía por entonces sus estudios de derecho en aquel docto establecimiento. Pasaba por el más brillante de los estudiantes de aquel curso, teniendo compañeros muy notables que después han figurado en la diplomacia, la política y las letras centro-americanas.

Y esa opinión que se tenía del joven estudiante y que le daba cierta especie de aureola aun afuera de las paredes del claustro, se vió confirmada con el "Ensayo sobre la escuela romántica," sobre cuyo asunto disertó en la clase de Literatura y que fué publicado en el número tercero de la indicada Revista.

Aquello fué para los círculos literarios de Centro-América una revelación de que Guatemala contaba con un escritor de *pure sang*, reñido por la forma, por el estilo, por las fuentes mismas donde se inspiraba, con los de las pocas personas que hasta entonces ejercieran el magisterio del periodismo entre nosotros.

Aun recuerdo muy bien la expresión de un abogado que por entonces desempeñaba un alto cargo judicial, y muy aficionado él mismo á asuntos de bella literatura. Después de leer el trabajo del joven estudiante decía en un círculo amistoso, con una ingenuidad que le honra: "necesario nos será dejar la pluma; el estudio de Estrada no es de un estudiante, es de un maestro."

Efectivamente, la notable disertación escrita en estilo fluido, vibrante muchas veces, ameno y lleno de erudición, revelaba detenidos estudios y un criterio superior á la edad de su autor. Verdad es que Estrada estaba ofuscado por aquel sol inmenso que brillaba desde París iluminando con su poesía al mundo entero; de ahí que se le haya criticado la especie de apoteosis que hacía de Victor Hugo, un semidios para los jóvenes de nuestra generación, ungido con todas las grandezas: la del genio,

la de su inmenso amor á la humanidad, la del martirio sufrido en Jersey, la del patriotismo que hervía en llamas en su pecho, que tuvo apóstrofes y maldiciones en vida del tirano que oprimía al noble pueblo de Francia, y ayes y lamentos sobre los escombros en aquella gran catástrofe de que fué víctima su patria en la guerra de 1870.

Muy explicables eran aquellos entusiasmos por el gran poeta ; y si á la verdad revelan en cierto modo un criterio inexperto, tratándose de hacer un estudio sobre el Romanticismo ya por entonces pasado de moda, descubren en Estrada un refinado gusto y muy noble inclinación al entregarse en cuerpo entero á la admiración del más grande de los poetas franceses de este siglo.

Fuera de esa crítica, hecha de buena fe por un notable literato, no faltaron, como era de esperarse, algunos espíritus rastreros que, no atreviéndose á hacerlo en la prensa iban por los corrillos murmurando sus estupideces. No había llegado la época de los imitadores de Valbuena, pero no nos faltaban lenguas mordaces que con sus chascarrillos de más ó menos buen gusto, sus intrigas, sus medias palabras, sus movimientos de hombros daban á entender á los tontos que todo aquello era pura sofisticación, vengándose de ese modo de su impotencia y queriendo cortar las alas al joven que se exhibía con tan brillante primicia.

Por entonces se estableció en esta capital la sociedad "El Porvenir," de la que ha dicho uno de nuestros notables prosistas, "que supo recoger las flores primaverales de la juventud y los frutos sazonados de la edad viril ; que aunaba los trabajos del sabio que discurría sobre los signos del zodiaco, los fenómenos planetarios y los secretos arcanos de la naturaleza, con el artista inspirado, el viajero observador y minucioso, el estadista sesudo, el orador elocuente y hasta con la joven modesta,preciado joyel de nuestros círculos sociales, que se prestaba á coadyuvar á aquellas fiestas de juventud que llamábamos veladas lírico-literarias. Cualesquiera que fuesen nuestras ideas en política y nuestras creencias religiosas, guardábamos silencio sobre esos puntos porque nos respetábamos y callar es á las veces respetar : nos reunía el arte que es la patria común de todas

las inteligencias y el desaliento no abatía los corazones."

El semanario que publicaba aquella sociedad recogió los primeros ensayos periodísticos de Estrada. Dotado de un carácter chispeante como hemos dicho, abordó el género literario en que Larra era maestro. Lleno aun su corazón con todas las esperanzas de la primavera de la vida su risa era franca, alegre, juguetona. Al volver á leer aquellos escritos de mi amigo, después de haber atravesado por tan rudos acontecimientos y de ser testigos ambos de escenas tan cruentas, no puedo menos de recordar con dolor aquellos felices años de juventud cuyos ecos alegres se repercuten en mi pecho y cuyas charlas y pláticas suenan aun en mis oídos despertándome visiones de un tiempo pasado, de fe, de amor y de esperanzas.

Con todo y ser tan chispeantes aquellas producciones de Estrada no revelan la mitad del ingenio que posee en este sentido. Para conocerlo bien es necesario tratarlo íntimamente, estar á su lado en la hora de la expansión, rodeado de personas cariñosas que provoquen la chispa de un dicho agudo, ó de un retruécano atrevido. Y eso lo encontraba en el grupo que formaba la junta directiva de la sociedad á que me he referido. Después de las sesiones formalotas casi siempre en que sabíamos sobreponernos al sueño, provocado por la lectura de las actas insípidas y de los legajos, y cuando ya se habían retirado los maestros ó las personas extrañas que solían visitarnos, se quedaba en el salón el grupo joven de la sociedad en torneos literarios ó dilucidando cuestiones de trascendencia.

Fué en la tribuna improvisada de ese pequeño areópago en donde hicieron los primeros ensayos algunos de los que siendo hoy ya hombres ocupan las cátedras ó han lucido en nuestras asambleas. Y allí en esa tribuna, Estrada dió muestras de que habría podido llegar á ser un distinguido orador. Tiene la palabra fácil y aun armoniosa, improvisa y se enardece si se le contradice ó se le aplaude, y como generalmente domina la materia de que habla le resulta, cuando quiere, una oración artística trazada en el modelo de la de los girondinos.

Estrada ha figurado poco en la tribuna parlamentaria. Cuando llegó á nuestras Asam-

bleas; ya habían pasado los grandes días de las discusiones de nuestra Constitución del 79, así es que no tuvo ocasión de encontrarse con adelidos que en materia de las altas cuestiones constitucionales le hubiesen podido abrir campo para la lucha oratoria. Cuando á fines de la administración del General Justo Rufino Barrios le tocó hablar, lo hizo bien y arrancó aplausos. Yo no digo que en aquella ocasión haya estado bastante lógico ni que tuviese bastante entusiasmo para defender la materia que como miembro del gobierno de entonces estuvo obligado á hacer, pero es lo cierto que, á pesar de todo estuvo á la altura de su talento, y dió pruebas de poseer excelentes dotes de este género.

Después de muy pocos años de una vida á todas luces feliz y sonriente el hado dejó de serle benigno. Los hombres y las cosas fueron malos para él y amargaron su carácter.

Calló el poeta que tan dulcemente había cantado "A un angel"; su chiste tomó un sabor acibarado y si rió fué como Larra en sus últimos años, cuando se ponía la máscara de la comedia en el rostro para disipar sus recónditos dolores, ó como Byron en el "Don Juan," que saliéndose de la cárcel estrecha de su alma se dió á vagar por el mundo buscando la alegría en los países encantados de la luz y de la eterna armonía.

Diez años hace que Estrada se encuentra ausente de su país, diez años que no han bastado para redimirlo de ese gran crimen que en los países pequeños consiste en que la naturaleza haya hecho á ciertos hombres superiores á los demás. Aun corre la leyenda respecto de él de que es un espíritu sarcástico á cuyas burlas todos temen. Y esta palabra todos comprende al vulgo, á la masa. Pocos son los que se han dado cuenta que en Estrada posee Guatemala el espíritu más exquisito y refinado de nuestros tiempos.

Estudiando á cualquiera de los poetas actuales, con perdón sea di-

cho de todos ellos, no encuentro en ninguno un espíritu más artista ni más sutilmente encariñado y conocedor del gusto moderno. Estrada no es modernista, en el sentido un tanto irónico que se da á la frase; y sin embargo, conoce las tendencias de la moderna escuela francesa como ningún literato centro-americano, pues posee el idioma de Voltaire á perfección y hace ya varios años que en París vive consagrado al culto de esa musa que se llama la poesía que á tan pocos les es fiel, pero que para Estrada es una consoladora y constante amiga. Fuera de la poesía francesa, conoce á fondo lo más bello que ha producido la musa inglesa. Su traducción de "Las campanas" de Edgardo Poe es simplemente admirable. Pérez Bonalde, el traductor de Heine que adquirió su celebridad, más que por ese trabajo, por su versión de "El Cuervo," del gran poeta americano, llamaba á Estrada su hermano en letras y no se cansaba



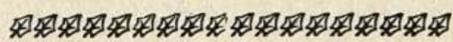
DOMINGO ESTRADA.

de elogiar la habilidad con que nuestro compatriota había trasladado á la lengua española aquella composición que dará al poeta guatemalteco tanta fama como á Andrés Bello le proporcionó su inimitable traducción de "La oración por todos," de Victor Hugo.

Rindiendo un tributo á Alfonso Daudet, arrebatado recientemente á las letras francesas, insertamos en esta Revista el estudio magistral que hace ya varios años que Estrada escribió sobre el célebre literato francés, y que no ha perdido aun su actualidad. La lectura de ese trabajo hará bueno todo cuanto hemos dicho respecto á nuestro distinguido compatriota.

Para concluir, tenemos el gusto de informar á los lectores de esta Revista, que muy pronto saborearán las nuevas producciones de nuestro amigo Estrada, residente actualmente en París, y de quien tenemos promesa formal de que nos ayudará en la empresa que más por afición á las letras que por otra cosa, nos hemos echado encima al hacernos cargo de la dirección de este periódico.

RAMÓN A. SALAZAR.



Nunca es tarde para aprender.

Sócrates aprendió á tocar varios instrumentos en su vejez. Catón á los ochenta años estudió el griego, y Plutarco el latín casi á la misma edad.

Teophrasto comenzó su admirable obra sobre el "Carácter de los hombres," cuando tenía noventa años. Boccaccio á los treinta y cinco principió sus estudios de bella literatura.

El famoso Colbert que había olvidado su latín de la juventud, volvió á estudiarlo á los sesenta años de edad.

Ludovico Monaldesco escribió á la extraordinaria edad de ciento quince años las "Memorias de su tiempo."

Uno de los más deliciosos sonetos de la lengua inglesa, fué escrito por Mason en el septuagésimo segundo año de su nacimiento.

Sir Cristóbal Wren, el arquitecto de la Catedral de San Pablo de Londres, se retiró de la vida pública á los ochenta y seis años, y dedicó los cinco últimos de su vida á investigaciones literarias, astronómicas y religiosas.

Amor.

(TRADUCIDO DE VICTOR HUGO.)

Cuando me hablas de la gloria
Yo me sonrío : esa voz
Que tú escuchar imaginas,
Que es mentira bien sé yo.

La gloria pronto sucumbe ;
En su furioso rencor,
Del sepulcro hasta la orilla
Va la envidia de ella en pos,

Pasa pronto la fortuna ;
Pasa el poder y veloz
Se desvanece : ¡ más vale
Y es más callado el amor !

Yo otra cosa no deseo
Que tu sonrisa y tu voz :
Aire puro, frescas flores
Y el bosque donde entra el sol.

Otra cosa yo no anhele
En la dicha y la aflicción,
Que tu mirada, mi estrella,
Que tu perfume, mi flor.

De tu adorada pupila
En la pura radiación
Todo un mundo resplandece :
Yo solo quiero tu amor !

Mi pensamiento, insondable,
Vaso de dulce licor,
Llenar podría la tierra ;
Que llene tu corazón !

Canta ! el éxtasis me inunda ;
Ríeme ; otra cosa no
Necesito ; y ¿ qué me importa
El mundo con su rumor ?

Encanto tan delicioso
Por romper, en vano yo
De los brillantes poetas
Evoco la aparición.

Más prefiero, aunque le han dado
Un alivio á mi dolor,
A sus mentiras, dormirme
Al arrullo de tu voz.

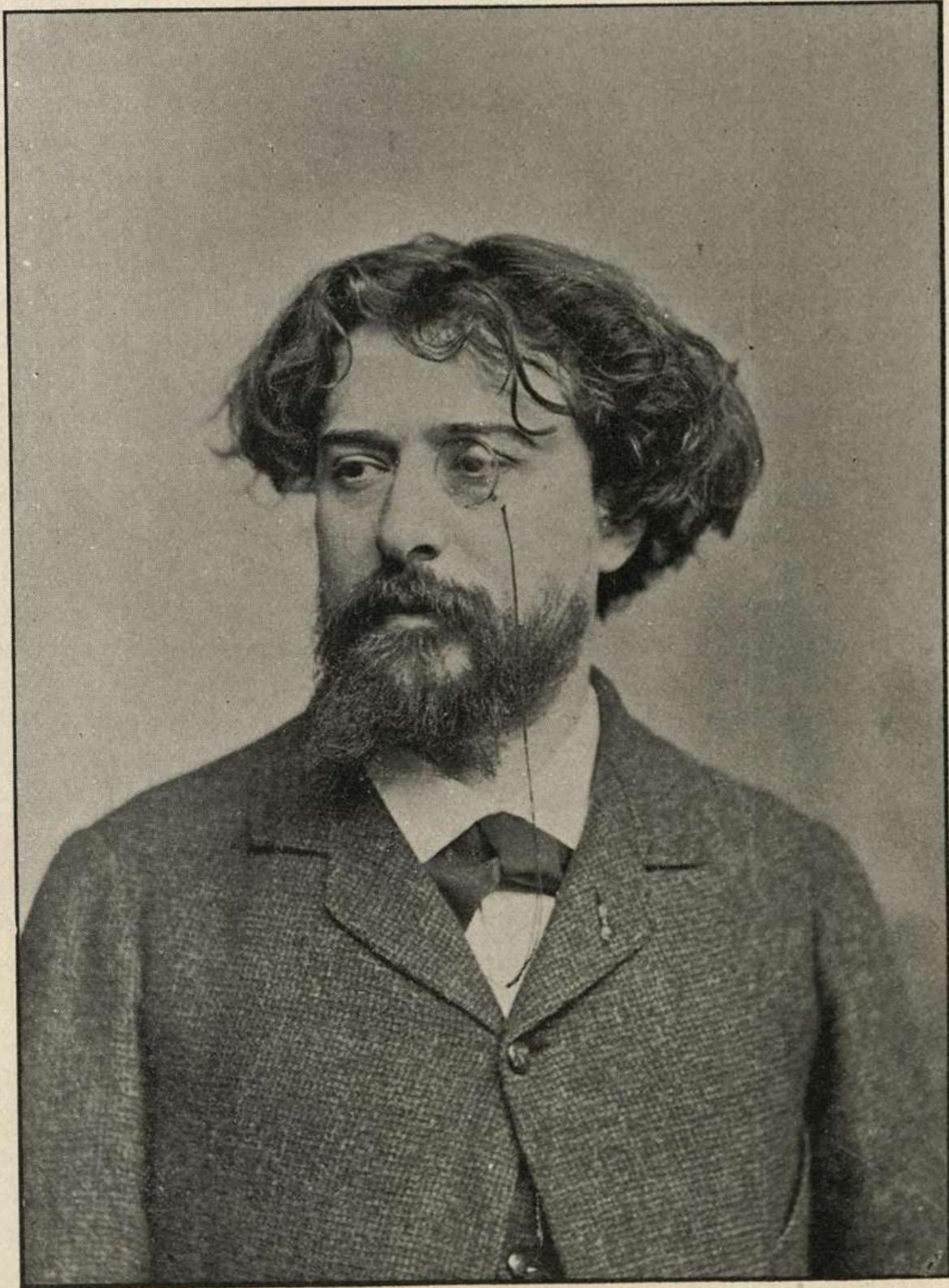
Cuando mi espíritu suba
A la celeste mansión,
Que una parte aquí se quede
Para amarte, diré á Dios.

Deja que te ame en la sombra,
Grave, ya que triste no,
Aunque en la tristeza, acaso,
Brilla más puro el amor.

Angel de ojos luminosos,
Mujer criada en el dolor,
Prende mi alma en tus alas,
Ve á tus piés mi corazón.

Enero de 1898.

ALBERTO MENCOS.



† Alfonso Daudet



Alfonso Daudet.

SIEMPRE que en mis manos cae alguno de los muchos artículos y discursos que aquí y allá se escriben y se pronuncian, con la santa é inofensiva intención de anonadar al naturalismo, cargándolo de crímenes y abominaciones, y haciendo pesar sobre el cuidado todas las maldades de este pícaro mundo que era ya bastante malejo antes de que Zola viniera á él, me pregunto si habrán leído alguna vez á Daudet esos pudibundos y asustadizos moralistas ; y en caso afirmativo, que para mí es dubitativo, si lo habrán apreciado, calificado y clasificado como uno de los representantes más genuinos y netos de la nueva escuela.....

Paréceme que los más dan golpes de ciego, y atacan, con brío digno de mejores causas, lo que apenas conocen, ya que no quiero decir lo que por completo ignoran. De los naturalistas, ellos han leído á Zola ; y de Zola, no todo, y sí lo peor, lo que no es el sistema, sino la exageración viciosa del sistema mismo. Toman así por el credo de la escuela esas audacias en el fondo, y sobre todo en la forma, que el apóstol realista se permite en sus arranques coléricos de toro abanderillado, ó de león mordido por jauría de sabuesos. Más con insultos que con razones se ha combatido al autor de *Nana* ; y con rasgo de soberbio desdén y provocación suprema, él respondió á sus adversarios escribiendo *La Tierra*, y contestando en tal guisa, á la manera de Cambronne en Waterloo. Y á pesar de todo, esta palabra y aquel libro han sido triunfos.

Pero antes de producir esa obra, la más amarga y desconsoladora que se haya publicado en el mundo, había demostrado Zola que era capaz de muy distintas cosas. Como para marcar de un modo más profundo la sorprendente antítesis, la pluma que escribiera los episodios de *Germinal* y de *Pot-Bouille* dióse á trazar las castas y deliciosas páginas de *El Sueño*. Nacióronle alas de angel á esa musa misántropa y sombría ; voló á los cielos y de ellos bajó después, trayendo en la cabellera resplandores de nimbos, y en los pliegues de la inmaculada vestidura, aromas de incienso y róseos reflejos de celajes. Y quedó allí una

leyenda, como escrita para una virgen por un trovador que se hubiese metido á monje.

El naturalismo, atacado con tanta zafia en estos últimos tiempos, como lo fué al romanticismo allá por los años de 1830, salió ya de la batalla con la espada entera y ceñidos á las sienas los laureles del victorioso. Otro tanto pasó en aquel entonces : en el camino de los innovadores los enanos levantaron vallas ; pero las divinas estrofas de Hugo, de Musset y Lamartine, extendiendo sus alas de águila ó de cisne, pasaron sobre ellas, y resueltas volaron á la posteridad. Hoy Zola y sus predecesores y discípulos, desde Balzac hasta Bourget, arrollando obstáculos, marchando á "paso de vencedores," y sacudiendo las flechas que no prenden en sus pechos de mármol, han acabado por imponerse, al fin ; y ese magnífico triunfo es uno de los grandes acontecimientos reservados para las postrimerías del fecundo siglo que pronto va á morir como el sol, envuelto en los rayos de su luz magnífica y gloriosa.

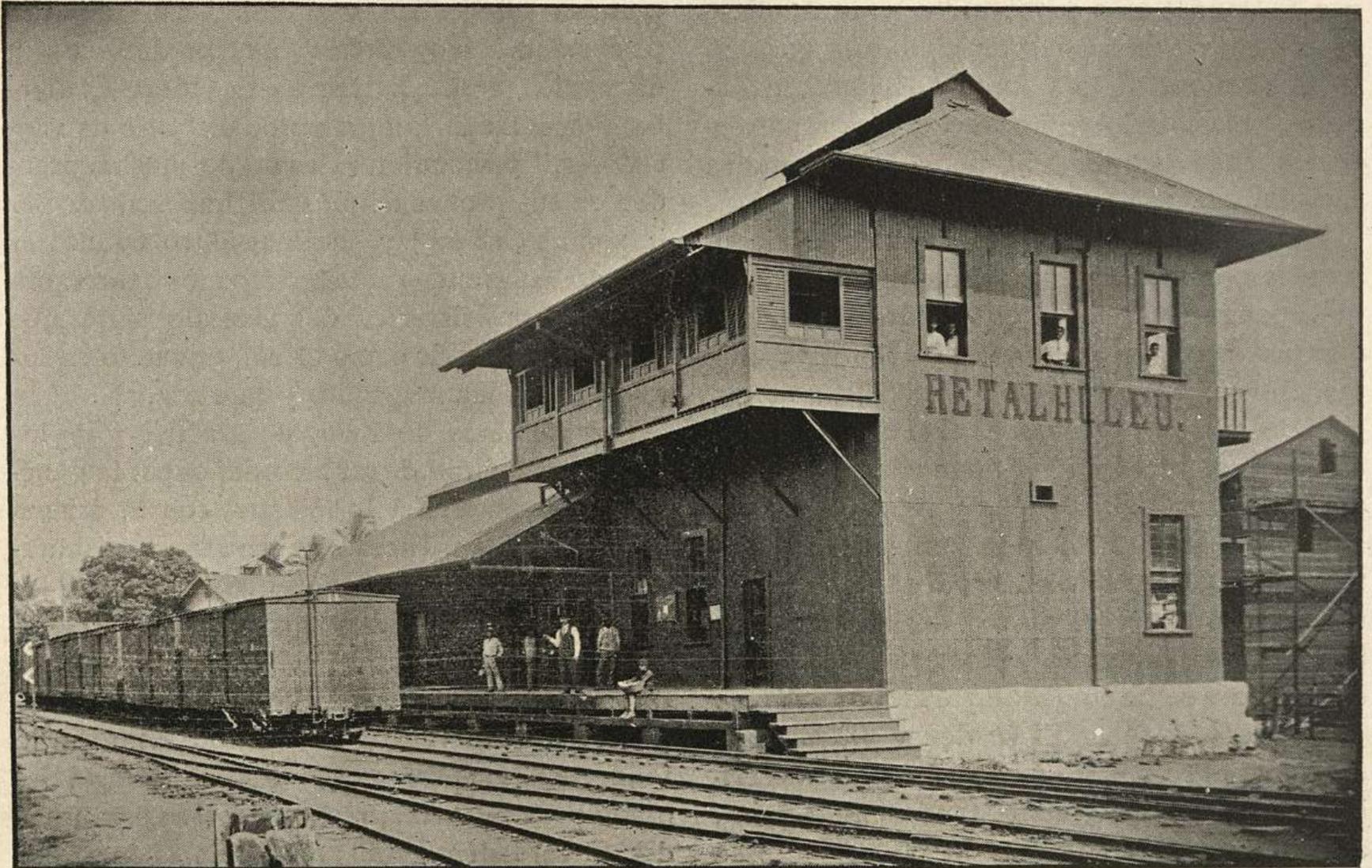
Los nombres de Zola, de Daudet y de los Goncourt habrán de ser recordados por la generación que suceda á la nuestra, con la misma admiración respetuosa hoy sin reserva tributada á los privilegiados vates que escribieron las *Orientales*, las *Noches* y las *Meditaciones*. Y entre ellos ninguno será más simpático que el de Alfonso Daudet, así como tal vez no habrá libros contemporáneos que alcancen tan larga vida como sus hermosos libros. Nunca he osado pronunciarme, respecto á si hay en Daudet un verdadero genio ; ser Genio, andarse por las cimas sublimes, contemplar lo misterioso, tener la clara visión de lo ignorado, recibir la formidable visita del espíritu que arrebatava del cabello á los profetas para llevarlos al desierto, hombrearse con los Homeros, los Shakespeare y los Dantes, cosa es dada á pocos elegidos, entre los muchos que se creen llamados ; pero, si á tan egregia altura no llega, hay en Daudet cualidades de tal estirpe, que lo levantan por encima de talentos indisputables, y hacen de él una de las más características y poderosas personalidades literarias de la época presente.

En toda revolución, de cualquier género que sea, hay los osados, los indoblegables, los campeones de una sola pieza, que son como su

fuerza, su lógica y su audacia; y hay los dulces, los tiernos, los seductores, cuya espada es una lira y cuya voz un canto, que son como su belleza y su poesía. Los primeros la hacen vencer y los segundos amar. En la Revolución francesa hubo un Danton y un Verginaud; en la revolución naturalista hay un Zola y un Daudet. El autor de *L'Assommoir* asusta y retrae con sus intransigencias y sus desdenes hacia todo lo convencional y consagrado, y por

damas, los que uno les lleva á sus amigas, cuando ellas nos piden algo de bueno y de bello, los que recomendamos á nuestros camaradas, cuando estos solicitan algo de emocional y verdadero; porque ese laborioso realista, ese minucioso observador, ese filósofo sin pretensiones, al propio tiempo es un poeta exquisito, un filósofo amable y un prosador delicioso, que tanto hace pensar como sentir.

Hablando de Daudet su correligionario, fiel



ESTACIÓN DE RETALHULEU, FERROCARRIL DE OCCIDENTE—CUATEMALA.

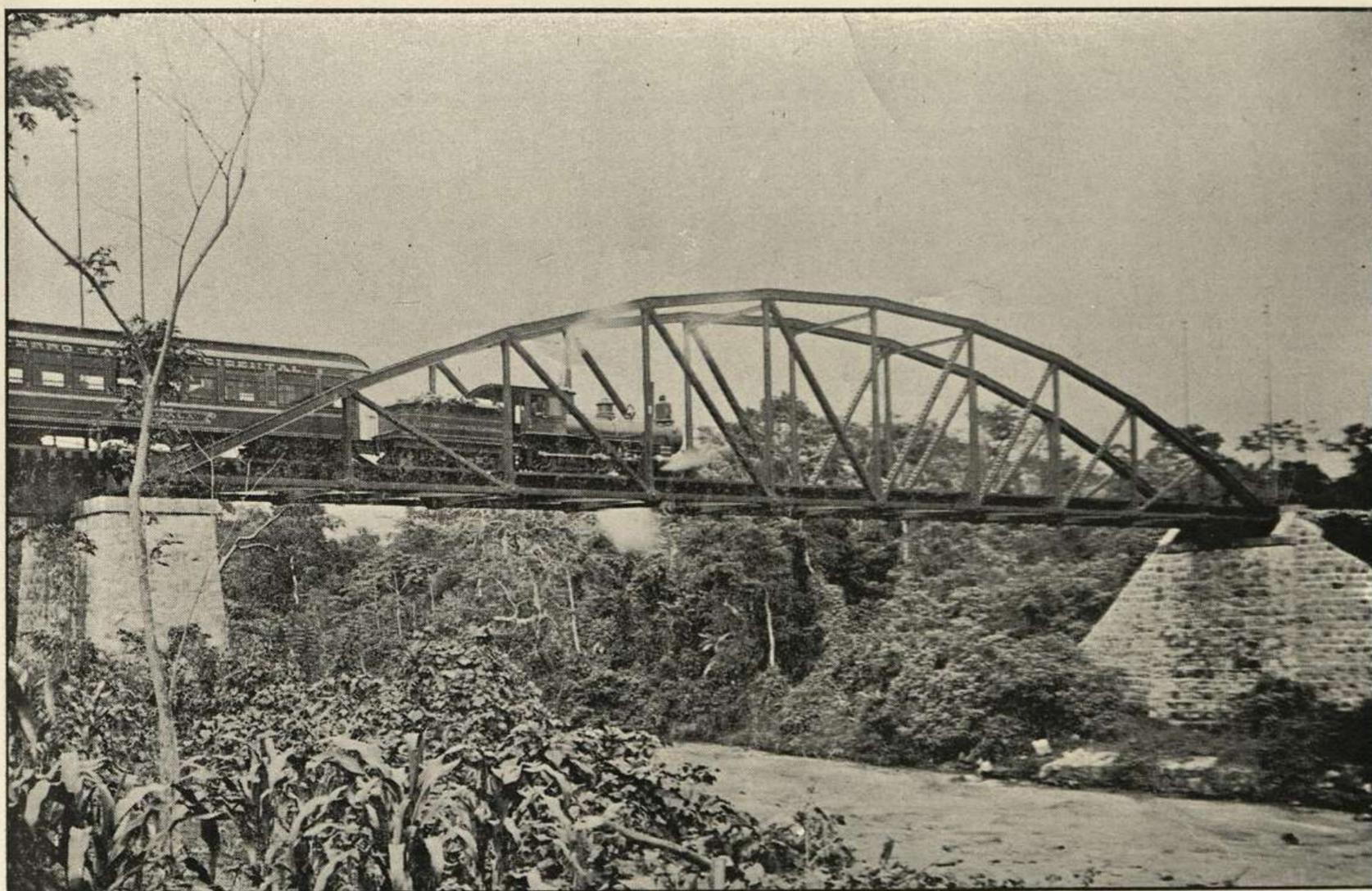
el arrojo brutal con que descorre, ó mejor dicho, rasga todos los velos de la existencia. La dama repele sus libros con disgusto, el joven sólo á ocultas los lee impelido por mórbidas curiosidades, y aun el hombre serio muchas veces cierra con desaliento sus páginas. Interrumpió el anciano Emperador Guillermo al cortesano que leía *La Tierra*; “no quiero—le dijo—llevarme al sepulcro una idea tan triste de la vida que voy á dejar ya!” Los de Daudet, por el contrario, son los libros que uno lee con embeleso, los que uno guarda con cariño para volver á recorrerlos algún tiempo después; los libros que adornan la diminuta biblioteca de las

amigo y émulo en fama y gloria, Zola, dice: “yo me imagino que en torno de su cuna todas las hadas se reunieron, para darle cada una de ellas alguna rara cualidad, al golpe de su vara; una la gracia le donó; otra el encanto; ésta la sonrisa que hace amar; otra la tierna emoción que asegura el éxito. Y lo que hay de más maravilloso es que la hada maligna, la que siempre llega la última, para destruir todos esos regalos preciosos con algún dón villano, tardóse de tal modo ese día, que ni siquiera pudo entrar; se quedó así en la puerta, y sólo bendiciones cayeron sobre la frente del futuro de los *Cuentos del Lunes*, y de *Fromont jeune et*

Risler ainé.” Presto á Zola esa impresión, que también es la mía. Los defectos de Daudet no los reconozco ; quizás porque analizarlos es difícil. ¿ Quién analiza cuando se halla bajo la influencia de un encanto ?

Defectos?..... Sí, por vida mía, que tiene uno, y éste grave : no ser más fecundo, haber publicado tan poco. Quisiéramos de él una facundia como las de Lope de Vega y Dumas padre, por no hablar de la deplorable produc-

de la realidad los elementos de sus libros, estudiar caracteres, determinar *medios*, encontrar tipos, apropiarse hechos y personalidades, buscar en la sociedad y en la naturaleza los que Zola llama documentos humanos, obedecer, en fin, las imposiciones de un temperamento esencial y necesariamente observador y realista. Esa relativa esterilidad, por lo demás, es achaque común á casi todos los noveladores experimentales. Fácil le era al autor de *Los Mosque-*



PUENTE SOBRE EL RÍO SAMALÁ, FERROCARRIL, DE OCCIDENTE—GUATEMALA.

tividad de Fernández y González y otros varios, de cuyos nombres no quiero acordarme hoy. Dos años hace que se publicó su última obra, el *Inmortal* ; y hasta ahora se anuncia el apareamiento de la próxima, en que tendrán cabo y remate las heroicas aventuras de su celeberrimo y nunca bien ponderado *Tartarín*. Esta lentitud en producir, Daudet mismo la explica, revelando los procedimientos de sus labores, y disculpándola con su completa carencia de inventiva. El no crea, dice, es incapaz de imaginar, de concebir, de sacar una obra de sus propias entrañas, como extrae la araña el material de que fabrica sus telas ; tiene que tomar

teros escribir una novela en ocho días ; aun hubo algunas en cuya composición sólo empleó veinticuatro horas ! Una resma de papel, unas plumas, un tintero : hé aquí cuanto necesitaba aquel productor maravilloso. La péñola corría, y se llenaban páginas tras páginas con donosas historias, duelos, intrigas, amoríos, batallas, crímenes, complicados episodios, inesperados desenlaces ; y á darle la vuelta al mundo salía una obra divertida y amena, mediocre aunque perdurable, producto irreflexivo de un gran talento muy superior á ella. Daudet, por el contrario, más de un año ocupa á veces en escribir uno de sus libros ; y quién sabe cuánto

tiempo en concebirlo, meditarlo, ordenarlo y corregirlo! El nada inventa; copia, describe, pinta del natural sus cuadros admirables. Para hacer trabajar á *Jack* en las herrerías de Indret, tuvo que vivir algún tiempo en ellas, viéndolo, escuchándolo todo, escudriñando, analizando, tomando apuntaciones al lado del sudoso obrero y á la roja luz de la encendida fragua. De igual modo, Zola, antes de escribir su *Ger-*

tos otros, que da casi vergüenza repetirlo. Y es la verdad que del estilo depende la mayor parte del éxito que alcanza una obra. El estilo atrae ó repele; avasalla al lector, lo conquista, lo subyuga ó por el contrario, determina entre él y el autor una corriente antipática, que sólo puede dominarse con reiterados y fatigosos esfuerzos de la rehacia voluntad. Más me fatiga un capítulo de Montalvo que todo un



FACHADA DEL TEATRO NACIONAL DE SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

minal fué á sepultarse en las entrañas de la tierra, allá en el fondo de las profundas minas; y repetidos viajes entre el Havre y París, antes de poner mano en la *Bestia Humana*. Los partos así son laboriosos; mas solo de tal manera es dado tener hijos inmortales.

Y después de ese complicado trabajo de observación y concepción, viene el quizás no menos laborioso de la ejecución. Escribir es más difícil de lo que generalmente suponen los que nunca han probado á hacerlo. Formarse un estilo es una tarea ruda. El estilo es el hombre, ha dicho Buffon, y después de él tan-

libro de Valera. Y el estilo es, quizás en lo que finca principalmente la poderosa seducción de Daudet. Inferior á otros bajo ciertos respectos, á todos los supera en naturalidad, en gracia, en estilo y en delicadeza. No es el suyo el estilo de Flaubert; ese estilo sobrio, severo, enérgico á veces hasta la dureza, admirablemente conciso, contado y medido como un verso, laboriosamente pulido, castigado, depurado, trabajado hasta la exageración, que ha puesto ya á *Madame Bobary* y á *Salambo* en la alta categoría de las obras clásicas. Ni posee Daudet en toda la extensión

de los Goncourt la verrosidad exuberante, las sorprendentes audacias, los ricos matices y delicadísimas cinceladuras, que convierten cada frase en una joya á lo Cellini, y les prestan "el color del cielo de que hablan y el perfume de la flor que nombran." Una página de esos gemelos geniales, produce en el espíritu efectos deslumbradores, análogos á los que dejan un paisaje de Corot ó un cuadro de Makoffski. No tiene Daudet la retórica encendida, la regia

carrera del tren demente, en la *Bestia Humana*; y sobre todo, en *Una página de amor*, esas cinco paráfrasis descriptivas de París, visto á distintas horas; esos extraños conciertos sobre el mismo tema, caprichos maravillosos del estupendo artista, que imaginó hacer de la gran ciudad un personaje vivo, presente siempre en el fondo de su drama, para acompañar á los demás personajes y tomar parte en la acción, á la manera del coro en la tragedia griega. Dau-



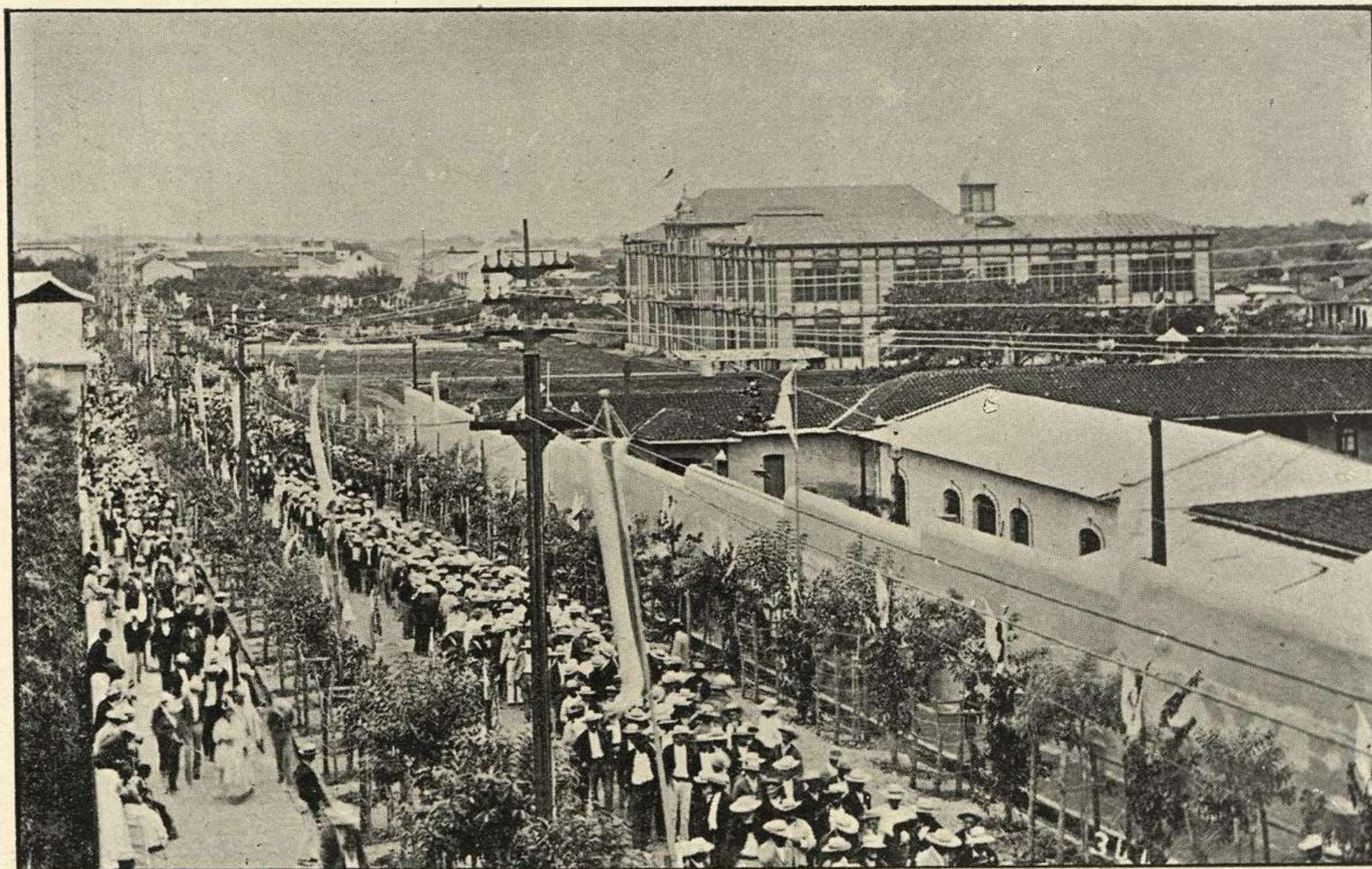
FOYER DEL TEATRO NACIONAL DE SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

pompa, el énfasis supremo, la fraseología inagotable de Zola. Dudo de que él pudiera producir esas soberbias sinfonías cuyo secreto lo posee únicamente el maestro. Por ejemplo, la descripción, en la *Falta del abate Mauret*, del "Paradou," el bosque paradisiaco en que la naturaleza está como ebria de vida y de maternidad, en que los arbustos se retuercen con las convulsiones de su apasionado erectismo, y los nidos palpitan y cantan, las flores se desean, se buscan y trémulas inclinan sus corolas desmayadas de amor, y cada árbol, cada rama, cada hoja impulsos tiene, y voluntades y alma. Los mercados en el *Ventre de París*; la ciega

det, más llano y más sencillo, no pretende tener semejantes *tours de force* literarios; pero su estilo, sin volar por tales alturas, es más agradable, más atractivo y simpático que el de cualquier otro de los grandes realistas. Son sus libros como esas melodías que más agradan mientras más se las oye, que jamás cansan, que despiertan siempre dulces recuerdos, dormidos en alguna parte del corazón; ó como esas mujeres que no deslumbran por su belleza avasalladora, pero que hacen rendir las almas antes y mejor que las perfectas hermosuras, teniendo, como dice Coppée en una linda estrofa de la *Arrière-Saison*, más bella la sonrisa

que la boca, más dulce la mirada que los ojos. Peculiaridades suyas son ciertos toques, fáciles de comprender y difíciles de definir, cuyo secreto únicamente lo tienen los verdaderos artistas; en su estilo hay algo de ese encanto misterioso que guardaban el piano de Bellini, el plectro de Musset ó la paleta de Knauss. Menos correcto que Flaubert, menos pomposo que Balzac, menos retórico que Gautier, el autor de *Petit Chose*, sin pretensiones ni es-

queda uno vencido y maltratado, como Jacob después de su pelea con el ángel; mas para ser poeta si es preciso sentir mucho y sentir bien, darse en sus obras todo entero, cuerpo y sangre, como en pan eucarístico. Y así lo hace Daudet; cual licor sagrado en ánfora de oro, él vacía en sus libros sus sueños, sus ironías, sus amarguras, sus enternecimientos, sus amores, y en cada página de ellos puede verse algo así como la temblorosa vibración de su alma.



LA 5ª AVE. EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO NACIONAL.—SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

fuerzos aparentes, sabe encontrar golpes maestros. Su procedimiento tal vez no es otro que traducir fielmente sus impresiones, y emocionar en fuerza de ser sincero y de sentir él mismo profunda y apasionadamente. Aunque sus versos juveniles ensayos que llenan un tomo escasamente conocido, no lo coloquen á la altura de Coppée y de Leconte de Lisle, Daudet es uno de los más grandes poetas contemporáneos, como en su tiempo lo fué Chateaubriand, y como lo es Zola, en algunos de sus incomparables trozos. No todo el que siente de una manera exquisita puede componer bellos poemas; á veces, en la lucha con el ritmo rebelde

Una descripción de Daudet jamás se olvida; y es que en ella, á su delicada observación de naturalista añade su propia impresión de soñador y de poeta. Figuraos una placa fotográfica, que reprodujera fielmente los colores y que estuviese retocada por el pincel de Watteau. Si leéis una de esas descripciones, y la contempláis después en vuestro recuerdo, tan viva es la imagen, tan verdadera, tan real, que os parecerá más bien hacer memoria de algo que hayais visto con vuestros propios ojos. Solo un ejemplo traeré á cuenta, pues si á citar me echara, jamás acabaría, en fuerza de querer citarlo todo. En los *Reyes en el destierro* el

autor conduce un domingo por la tarde á la reina de Iliria y al príncipe Zara al bosque de Boulogne. Cuando concluyais ese capítulo, os quedará el deslumbramiento del espectáculo, el ensordecimiento del ruido, el cansancio de la jornada; habeis pasado entre los ramosos árboles; la impresión de la verde grama aun os refresca la pupila; os habeis detenido ante las barracas de los juglares; habeis respirado el

nota festiva. Zola hace reír en ocasiones, pero él no ríe jamás; tiene personajes jocosos, á veces bufos, pero nunca cómicos; y lo cómico es un elemento en la vida, como lo es lo tierno, como lo es lo triste. Amargo cual Mountaigne, excéptico cual Schopenhauer, el caudillo realista se ensaña cuando, con una especie de cruel y misantrópica satisfacción, al describir á la *humana bestia*, recarga sus colores som-



CALLE DEL COMERCIO, SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

polvo del camino y el olor de las grandes muchedumbres; os han codeado, empujado, estrujado; vibran aun en vuestros oídos redobles de tambores, notas claras de cornetas; sonatas de órganos de Berbería; os habeis visto mezclados, confundidos con ese pueblo, cuyas alegrías dan la medida de sus cóleras. Habeis estado, no en vuestro gabinete, sino en la bulliciosa y animada feria; esa página os dejará el recuerdo de algo que hubierais visto en un reciente sueño ó en una realidad lejana.

En la rica gama de Zola faltan dos notas que Daudet posee cual ninguno: la nota tierna y la

bríos, y se complace en iluminar con luz brutal sus hipertrofiadas facciones. En el plectro de Zola todas las cuerdas son de acero; en la lira de Daudet todas son de oro; y si entre ellas existe alguna férrea, él la pulsa con tan suave mano, que sus notas no hieren el oído ni maltratan los nervios.

Y cuando ríe, con esa ironía fría, delicada, espiritual, indulgente, casi bondadosa, de que él solo es capaz, qué franca, qué comunicativa es su risa y cuán irresistible! Al hablar de ella, no puedo evitar que aparezca ante mí como evocada por mágica varilla, la figura

bizarra de *Tartarin*, ya vestido de turco y arma en mano, puesto al asecho del león; ó ya envuelto en pieles, lleno de cuerdas, empuñando su *alpenstok* y subiendo por los ventisqueros resbaladizos de la Youngfrau. ¡ Oh frescos y deliciosos libros! ¡ Cuántas y cuántas veces han disipado mis melancolías y traído un rayo del bello sol provenzal á mi espíritu lleno ya de penumbras crepusculares! ¡ Y cuán admirable me parece que el dulce poeta de las *amoras* haya podido encontrar la hermosa risa gala, la vieja, sonora y franca risa de Lesage y Rabelais!

No llega Daudet al exagerado realismo de los Goncourt, que los hace escribir una novela sin episodios ni incidentes, sin acción, en ocasiones sin diálogo siquiera; consagrando así todo un libro al desarrollo latente de una idea, de un sentimiento de un oculto drama psíquico; ni tampoco es la suya la novela esencialmente psicológica de Paul Bourget, que parece haber encontrado en estos últimos tiempos el anatómico escalpelo de Stendhal. Daudet, lo he dicho ya, copia la vida; ahora bien, en ella jamás se ven los episodios maravillosos de *Rocambole* y *Montecristo*, pero así mismo, pocas veces hay la monotonía de la existencia de *Madame Gervaisais* y de *Céhrrie*. Con acertadísima discreción combina los hechos observados, y usa de su poética fantasía para reunir, ordenar é idealizar un tanto, no mucho, los documentos aquí y allí recogidos por el laborioso experimentador: y esas facultades opuestas las emplea con tal firmeza y con tal tino, que sus obras, siendo netamente realistas, parecen más bien manifestaciones de un eclecticismo literario que acertado término medio guardado entre los delirios del romanticismo y las exposiciones crudas de la escuela naturalista.

Con respecto á los personajes, en qué mundos tan distintos se mueven los creados por Zola y los creados por Daudet! El autor de los *Rougon-Macquart* es una especie de Virgilio amargo, que se complace en conducir á sus lectores á cada uno de los siete círculos del infierno de la vida. Muestra la impasibilidad de un cirujano, que para enseñar llagas y tumores arrancase bruscamente los vendajes, sin condolerse de los ayes que escuchara; ó bien

parece un alienista, que narrase friamente los temas de los maniáticos sujetos á su estudio, ya que decir no quiero á su método curativo. Escribió el conde de Chamfort que le parecía el mundo físico la obra comenzada por un Dios que se hubiese aburrido antes de acabarla, y hubiere encomendado su conclusión al diablo; pero que el mundo moral se le figuraba obra todo de un diablo, que á más de ser diablo fuera tonto. Algo como esto podría deducirse de las obras de Zola. En el mundo que él describe, cuán pocos son los buenos, y qué insignificantes, qué anodinos! Los más son imbéciles, canallas, egoístas, feroces, casos morales patológicos, seres que reciben y transmiten una extraña neurosis, especie de mancha original que los somete á la influencia de fatales determinismos, y hace de ellos asesinos, adúlteras, meretrices, borrachos parricidas en frío, lujuriosos al aire libre que harían ruborizarse á un perro de la zona tórrida, especímenes raros, como el protagonista de la *Bestia Humana*, inconsciente Caín, que mata, arrastrado por la ciega é irresistible idiosincracia que lo compele á matar. El mundo de Daudet es más humano; en él se mezcla el bien al mal; lo cómico á lo serio, como en la vida. Aun en las veces que pinta la maldad, no se deleita en hacer resaltar sus horribidos matices: en su poderosa, pero delicada sugestividad, levanta el velo un instante, y lo deja caer al punto con celeridad discreta. Para los mismos malos sabe encontrar disculpas en el temperamento, en el ambiente en las circunstancias que lo rodean, sin llegar por esto á establecer la irresponsabilidad; su personaje es siempre el hombre, la bestia apenas aparece en él.

Y al lado de semejantes tipos, cuántos otros bellos abnegados, generosos, de esos que nos consuelan, nos estimulan y nos reconcilian con la vida! Cuántas de esas figuras de mártir anónimo, dulces y pálidas como un lirio en la sombra! ¿ Os acordais de *Jack*? y de aquel *petit pays chaud*, el reyezuelo de Dahomey? y del perfil hermoso y puro de la reina de Iliria, digno de un bajo relieve de los tiempos heroicos? y de la leyenda tan delicada y triste de la cojita Desirée Delobelle? y de *Risler ainé*? y del hermano de *Petit chose*, de la "madre Jacques?" y de tantas otras no menos simpá-



Don Adolfo Meyer

Gerente del Ferrocarril de Occidente, Quezaltenango.

ticas y tiernas? Y los tipos cómicos *d'Argenton*, el pobre *Jansoulet*, el tamborillero de *Numa Roumestan*, el "gran" cómico *Delobelle* y una docena más, ¡ con qué mano maestra están descritos! qué bizarras figuras, pintadas con una sola pincelada, indeleble, artística, sin exageraciones, sin recargo en el colorido, sin contorsiones de payaso en las facciones reales y vivas, yendo al extremo de lo jocoso, sin jamás descender hasta lo bufo. Aun al trazar esas fisonomías, festivas y animadas cual las de un cuadro de Velázquez, aparece en el fondo, ¡ cosa bella! la tierna mirada del poeta compasivo. Estudia á los *ratés*, á los párias sociales, á los desdeñados, á los bohemios, con cierta fría burla, moderada por hermosa y enternecida piedad. Risa y lágrimas se juntan en sus cuadros como en el móvil semblante de un niño; ó así como en mi patria, en las bellas tardes de la primavera que Juan Diéguez cantó, á un tiempo contemplarse pueden la lluvia que cae y la brillante luz del sol que la convierte en hilos de oro.

No es hombre completo el que no ríe, como le falta una fibra al que no llora. Admiración, mas no cariño inspíranme esas figuras de semidioses, á lo Goethe, majestuosas é impasibles, por cuyas mejillas marmóreas jamas una lágrima ha corrido. *Le seul bien qui me reste au monde est d'avoir quelques fois pleuré*, dijo el cantor de *Rolla*. Llorar es un alivio, pero reír un bien. Y fuente de dulces lágrimas, así como de francas y sabrosas risas son las novelas del gran meridional, á quien no pocos califican ya como el prosador más notable de la época presente.

* * *

He de concluir ya mi artículo sobradamente largo. No es un estudio de análisis, de crítica literaria. Para escribir sobre Daudet con pluma de crítico, necesitaría yo, ó de más capacidades ó de más pretensiones. Es solamente un homenaje de gratitud y de cariño á un amigo benévolo é ilustre. A un amigo, sí; que muchos de esa talla tengo, y tan complacientes y tan buenos todos, que presurosos acuden cada vez que los llamo, en demanda de ideales, de consuelos, de esperanzas; cada vez que me vuelvo lastimado y triste del combate de la vida, en que tal vez no pude dar un golpe, y sí más de una herida

recibir. Y ellos, los grandes, los vencedores, vienen á mí con una lira ó con un libro. Victor Hugo me canta una de sus rimas de oro; Moore hace vibrar una cuerda del harpa melancólica de Erin; Lamartine y de Musset dejan volar por mi aposento alguna alada estrofa; Byron, Becquer y Heine derraman para mí una de sus amargas perlas; me charla Valera de su Andalucía y percibo como rumor de castañuelas y gemidos de guitarras moras; Pereda me hace respirar los frescos aires de sus montañas; cuéntame Galdós algún bello episodio de la tierra de Gerona; Zorrilla me relata leyendas de abencerrajes y muslines; murmura una dolora Campoamor; Coppée y Leconte de Lisle echan á rodar sus cristalinos ritmos; d'Amicis, Manzoni, Gautier, Dumas, Zola, Balzac, Richepin, Alarcón y los míos, los de mi América, los de mi patria, los que en los altos Andes cogen flores de nieve, siguen el vuelo de los condores altivos, y al pié de los cocoteros y las palmas pulsan la lira, bajo los rayos temblorosos de la Cruz del Sur; ellos todos acuden, y á cada uno soy deudor de una fe, de una consolación, de una esperanza, de una sonrisa; siquiera de una hora matada en días odiosos é interminables, en días de tristes reminiscencias y de letal nostalgia. Pero, de toda esa genial falange, al que más debo y— escribiré la palabra—al que más quiero, es al autor del *Nabab*, de *Sapho* y de *Numa Roumestan*; y de ahí que haya escrito estos apuntemientos, evocando impresiones fugitivas y acumulando recuerdos cariñosos, como el que teje guirnaldas de silvestres flores, para aventurarla con mano tímida al pie de pedestal egregio.

DOMINGO ESTRADA.

•••••

Las canas.

Cuando convierten una cabeza en empolvada peluca de regio servidor, aquel que las tiene y acusa el buen sentido de no teñírselas, se detiene un instante ante la pronunciada "cuesta abajo" que el camino de la vida presenta en el sitio mismo en que termina la cúspide de la subida, y mientras se mira al espejo, medita.

Hombre ó mujer, al meditar, recuerdan, porque no hay nada que evoque tanto los recuerdos como las canas.

Salvo muy contadas y prematuras excepciones cuando ellas aparecen y "pintan de blanco el pelo," el corazón, cual si quisiera buscar enérgicos contrastes, al disminuir la intensidad de sus latidos, va *ennegreciéndose*, como si el color, ayer obscuro de los cabellos, al desaparecer de la "vista del espectador," se refugiara allá dentro, muy hondo, *marcando*, con sus sombríos tonos, una experiencia que no pasa en balde.

Y así, por extraña anomalía y gestación singularísima, resulta que las canas, tan blancas é inmaculadas, vienen de orígenes totalmente opuestos á su color, vienen de cosas, por lo general, muy negras; vienen de los desengaños, de los disgustos, de las penas intensas, de los grandes dolores, de todo, repito, lo que es..... negro.

Indagad, si lo dudais, ó preguntad á los que las tienen.

Aquel mechoncillo de la derecha, aquellas canas que fueron los primeros copos de una nevada que ya no se interrumpirá nunca, se deben á la enfermedad de un hijo adorado, de un pequeñín minúsculo que llenaba la casa entera, y que, mientras luchó hasta vencer con la muerte, constituyó preocupación violenta, *sellada* así con esas primeras canas.

En aquellas otras de la izquierda, culpa tuvo la veleidad de una mujer engañadora.

El grupo grande, apareció de repente al día siguiente de una imprevista cesantía.

El otro "montón," la tarde que se llevaron al cementerio el cuerpo inanimado del... abuelo.

Sí, por lo general, cada cana es una efeméride triste, grabada con caracteres blancos, para que resalte mejor á la vista é impresione con más perpetuidad á la memoria.

Y dentro de cada *fecha*, palpita un recuerdo, una experiencia amarga, un poema de sufrimientos, una alegría, rara vez el idilio patriarcal de la vejez, y con él el advenimiento dulce y espontáneo y..... natural de las canas "sin historia"; porque esas que nacen así, tranquila y lentamente, á su tiempo y sin apresuramiento, pueden considerarse, yo tal las juzgo, patrimonio del arte pictórico, que ha embellecido y avalora de continuo con ellas, muchas "cabezas de estudio."

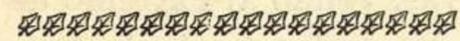
Las otras, son las dignas de atención, las que tienen "méritos," y las que nunca, ni por ningún concepto, deben arrancarse, ni siquiera "disimularse"; porque del que se pinta las canas, puede decirse que *borra* su historia.

En la lucha de la existencia, en el diario batallar de nuestra vida, mientras realizamos la peregrinación del Infinito, esas canas, las que "publican" discretamente nuestra vida, y re-

gistran sus páginas dolientes, son algo así como condecoraciones honrosas.

Verdaderas "cruces laureadas" algunas de ellas, es un mentecato quien pretende ocultarlas, porque sobre que su empeño es inútil, da pruebas de muy mal gusto y de muy poca gratitud á quien le agració con ellas.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.



Nuestros Grabados.

DON ADOLFO MEYER

Es uno de los extranjeros que con más entusiasmo se han consagrado al progreso de los departamentos occidentales de la República.

Nacido en Alemania, pasó algunos años de su juventud en San Thomas, en donde desempeñó un cargo consular.

Desde 1880 se encuentra entre nosotros, y después de haber trabajado con fruto en el comercio al frente de dos casas por él fundadas, en esta capital la una y en Quezaltenango la otra, se dedicó á la agricultura, en donde también le ha favorecido la buena suerte. Su finca "La Candelaria" en el Xolhuitz, es una de las mejores de aquella zona, y está dotada de los últimos inventos agrícolas.

Además de ser socio de las principales compañías industriales y bancarias de Occidente, es hoy Director General del Ferrocarril Occidental y Gerente de la Compañía de Agencias de Champerico, limitada.

VISTAS DEL FERROCARRIL DE OCCIDENTE.

La zona que atraviesa esta vía férrea es una de las más ricas del país, pues que en ella se encuentran las más grandes plantaciones de café y otros productos tropicales cerca de la costa. Se extiende desde el puerto de Champerico hasta el pueblo de San Felipe. Publicamos la vista del puente sobre el río Samalá y la de la Estación de Retalhuleu.

VISTAS DE COSTA RICA.

San José de Costa Rica debe estar con razón orgulloso del magnífico Teatro Nacional que acaba de inaugurar, y que es sin disputa uno de los más elegantes de la América Latina. Los dos grabados que publicamos de ese edificio, nos darán la razón en lo que decimos y evitándonos toda descripción y todos los encomios que merece.

También reproducimos las vistas de dos de las calles de la capital de aquella simpática y laboriosa república centro-americana.